

Azúcar / poder / literatura

El 24 de enero de 1792, en Madrid, Francisco de Arango y Parreño firmaba un texto notable: me refiero a su conocido *Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla*, cuya importancia suelen destacar los científicos sociales y aun los historiadores de la literatura, quienes ven en su prosa clara y precisa una voluntad de estilo. Es curioso observar, sin embargo, que no se trata del primer texto pro-azucarero de Arango; tampoco puede decirse que aquí su prosa se diferencie de la de otros escritos anteriores. Quiero decir con esto que esa importancia del *Discurso*, la cual todos suscribimos, debe ser buscada fuera del contenido y la forma del texto. En efecto, enseguida caemos en la cuenta de que la jerarquía que le damos al *Discurso* emana del momento crucial en que éste fue redactado: la insurrección de los esclavos de Saint Domingue con la consiguiente destrucción de la base azucarera de la isla. Fue, pues, la *oportunidad* de este texto con respecto a un evento que podría haber ocurrido más temprano o más tarde, o incluso no haber ocurrido, o de haber ocurrido haberlo hecho de una manera no excepcional —recuérdese que esta insurrección de esclavos es la única en la historia que obtuvo un triunfo definitivo—, lo que hizo que fuera leído por la Corona de un modo imprevisto y, a la vez, favorable a los objetivos de su autor. Como se sabe, la magnitud de la insurrección sirvió a Arango de eje para reclamar del Trono medidas que beneficiaran a la manufactura azucarera de La Habana, de modo que ésta pudiera llenar el enorme vacío de azúcar que de repente se presentaba en el mercado. En su petición, sin embargo, Arango mira mucho más allá de los sucesos de Saint Domingue:

Hoy, en más feliz situación, por el funesto incremento que han tenido las desgracias del vecino, vendemos nuestros azúcares a un precio ventajosísimo; pero mañana ¿qué habrá? [...] Ahora bien; si en nada sobrepujamos la industria de nuestros rivales [...] ¿cómo podremos dar salida a nuestro sobrante luego que se llene el vacío que hoy tenemos, por la desgracia del Guarico? ¿De qué manera podremos sostener la concurrencia en el mercado extranjero? [...] La misma ventaja que hoy logramos en la venta de los azúcares puede sernos muy funesta, si no la sabemos aprovechar. Ya he dicho y repito que si se quiere fomentar este ramo, es menester que obremos como su estuviésemos en los tiempos anteriores a la insurrección [...], para que, cuando vuelvan, no nos encontremos en el triste caso en que estábamos.¹

Es evidente que Arango pide privilegios azucareros de toda suerte no sólo para esos años de coyuntura, sino para el futuro, «para siempre». Por otra parte, es bueno tener presente que tales privilegios concernían sólo a La Habana. Su *nosotros* aludía a los hacendados habaneros, su grupo social. Además, no es posible obviar el hecho de que

¹ Arango y Parreño, «Discurso sobre la Agricultura de la Habana y medios de fomentarla», *Obras* (Madrid: M. Galiano, 1862), I, ps. 63, 73, 88.

el *Discurso* fuera firmado por él en su calidad de Apoderado del Ayuntamiento de La Habana; esto es, su firma no era la de un habanero más, sino la del «apoderado» de la ciudad, la de aquél autorizado por la Corona para representarla y «hablar por ella». Su *Discurso*, pues, emana de un principio de autoridad que Arango maneja hábilmente para favorecer al grupo social al cual pertenece. Cuando la Corona accedió a sus razones, legitimó las aspiraciones de poder de este grupo.

Naturalmente, la hegemonía de la naciente sacarocracia habanera, para perdurar, debía apoyarse en algo más sólido que el *Discurso sobre la Agricultura de La Habana*. Esta conexión la proveía la sorprendente estrategia del discurso azucarero mundial, cuyo flujo avasallador dominaba desde el siglo XVII las transacciones mercantiles y, ya en la época de Arango, impulsaba —y era impulsado por— el discurso de la Revolución Industrial. Entonces no había mercancía más poderosa que el azúcar, de ahí que el texto de Arango pueda tomarse también como el vehículo que conectó a La Habana con el Poder.² En todo esto la Corona Española aparece como cómplice, o al menos como parte interesada. Sobre la firma de Arango se construyó la alianza entre la sacarocracia y el Gobierno de Madrid, la cual quedó expuesta de inmediato al aceptar Luis de las Casas, Capitán General y Gobernador de Cuba, ser un hacendado más. Su ingenio, llamado significativamente *La Amistad*, representaba un vínculo tan entrañable, que sesenta años más tarde Laplante no pudo sustraerse de reproducirlo en una de sus más hermosas láminas. Así, el *Discurso* se inserta en el espacio que separa dos Habanas: la de la factoría de tabaco y las trabas de la Real Compañía de Comercio, y la nueva Habana del *Papel Periódico*,³ el Real Consulado, la Sociedad Patriótica y las demás instituciones hijas del azúcar.

Si bien es cierto que en la búsqueda de textos que establezcan la hegemonía azucarera de La Habana podemos ir treinta años más atrás —1761, cuando Arrate escribe *Llave del Nuevo Mundo*, o un año después, donde hallamos el voluminoso legajo comercial dejado por la Ocupación Inglesa— es con el *Discurso* que se norma y legaliza «para siempre» los esponsales de la ciudad y el ingenio. El privilegio que tuvo Arango de manipular —sobre la difusa base del azar, el oportunismo, el poder y el deseo— la situación de Saint Domingue, contribuyó a que el discurso económico habanero sólo encontrara su significación mayor en el ámbito del azúcar. Esto, naturalmente, definió en gran medida el proceso de transformación de las estructuras de índole demográfica, política, social y cultural de la isla; pero, sobre todo, estableció las bases para que, entre todos los discursos presentes, el único que pudiera manifestarse como metadiscurso fuera el azucarero.

No obstante, tomar a Arango o a su *Discurso* como espacios que representan un «origen» sería un error de apreciación. Lo importante aquí no es Arango en tanto «autor», ni el *Discurso* en tanto «obra»; lo verdaderamente crucial reside en la posibilidad de constatar que hacia los finales del Setecientos existía en Cuba una superficie socio-económica dada que hacía factible la emergencia de un fuerte discurso de plantación ante

² *Sobre el azúcar y el poder*, véase Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power* (New York: Viking Penguin, 1985); especialmente, pp. 151-186.

³ Aunque el *Papel Periódico* comenzó a circular en 1790, no es hasta tres años después, cuando pasa a la Sociedad Patriótica, que adquiere verdadero vuelo.

la coyuntura de un aumento creciente de la demanda de mercancías de plantación, creado por el desarrollo del capitalismo industrial, y una disminución sostenida de la oferta caribeña, provocada por la irreversible revolución en Saint Domingue, que hasta entonces había sido la colonia de plantación más rica del mundo. En realidad la «obra» de Arango ya estaba *abí*, fuera de Arango; esto en el sentido de que no es él quien estrictamente la precede. El rol de Arango consistió en manipular este discurso de plantación en términos exclusivos de azúcar; piénsese que podía haberlo hecho en términos de café o en términos de una diversificación agrícola. De esta manera su *Discurso* no es en rigor un discurso, sino un texto que se inserta en un discurso pre-existente de economía de plantación con la finalidad de limitarlo y regularlo. La función de Arango es afín a la del *editor*, pues consiste en seleccionar, excluir, anotar, subrayar, aquello que es contenido de discurso. Ahora bien, el hecho de ser el primero que manipulara en Cuba la nueva situación, le permitió definir a largo plazo el campo de analogías y diferencias que le darían especificidad al discurso económico cubano. Quiero decir con esto que al conocer y sancionar la Corona Española el enfoque restrictivo del texto de Arango, quedaban establecidos los principios para el desarrollo favorable de dos máquinas de poder, de dos hegemonías que, lejos de excluirse, se complementaban mutuamente: la de La Habana y la del azúcar. De esta manera el *Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla* puede leerse como un mito de fundación que se erige como panoplia o escudo de armas que legitima el ingenio habanero.

Podría entenderse que el rol que le confiero a Arango de «primer manipulador» de discursos no basta para explicar la presencia del *ingenio-para-siempre* en el acontecer cubano. En efecto, esta duda o sospecha no sólo tiene razón de ser sino que está sólidamente fundada. El alcance del texto de Arango está condicionado a la continuidad de ciertas estructuras en la sociedad cubana, puesto que sería su discontinuidad la que propiciaría la emergencia de nuevos discursos, los cuales, al manifestarse, habrían de ser manipulados por otros «autores» en términos hoy imprevisibles. Lo que ocurre es que Cuba, a pesar de haber experimentado profundos cambios políticos, continúa mostrando en sus estructuras económicas y sociales el impacto de la plantación azucarera prefigurada en el *Discurso* de Arango.

La plantación de azúcar —como sabía muy bien Arango— no era sólo un mecanismo agrícola; era la base de todo un sistema de relaciones de poder que suponía la perpetuidad de una estructura social caracterizada por una brusca división de segmentos: uno pequeño y dominante, y el otro grande y dominado, con un monopolio del poder en manos del primero.⁴ La máquina que transfería, almacenaba y generaba este poder era, por supuesto, el ingenio. Allí se concentraba el conocimiento técnico, administrativo y mercantil; era una célula socio-económica autónoma que contaba con población permanente, cultivos, corrales, ganado, talleres, almacenes, comercios, transporte, iglesia, barracas y viviendas, guardia privada e incluso plaza (batey) para reuniones y festejos. Incluso, más adelante, no sería infrecuente que tuviera su propio dinero, en forma de fichas, etc. El ingenio se bastaba a sí mismo, y como la máquina territorializadora que era, marchaba sobre las mejores tierras quemando bosques enteros a su paso, transfor-

⁴ Mintz, «*The Caribbean as a Socio-Cultural Area*», *Cahiers D'Histoire Mondiale*, IX, 4 (1966), pp. 922 y ss.

mando la naturaleza y el trabajo en azúcar, humo y bagazo. Colmado de privilegios de toda suerte desde la época de Arango, se extendió hacia el sur, el oeste y, sobre todo, el este de La Habana, desalojando a las vegas de tabaco y a las haciendas ganaderas. Como se comprenderá, en tales condiciones resultaba imposible que alguna comunidad rural ajena al azúcar coexistiera con el ingenio en una misma zona. Esto contribuiría decisivamente a la formación de una pequeña propiedad agrícola y de un campesinado en tierras residuales; esto es, una población rural privada de espacio y de todo adelanto técnico que, poco a poco, habría de perder función económica e iniciativa. Más aún, con la llegada del ferrocarril y el telégrafo, sería el sistema de ingenios el que configuraría la red de transporte y comunicaciones de la isla, incluyendo las instalaciones portuarias. Se alcanzó un punto en que el azúcar era todo, o casi todo: una superinstitución a la cual se referían las débiles instituciones del país, o mejor, un metadiscurso que apenas dejaba espacio a un discurso de resistencia.⁵ Obsérvese que el azúcar en Cuba nunca ha encontrado un sostenido contradiscurso. La estructura socio-económica del país no lo ha permitido.

Claro, en realidad, esta continuidad de correlaciones en lo profundo del sistema no es sólo una característica de Cuba; se trata tal vez del mayor problema que confrontan las sociedades caribeñas del presente, las cuales ven fallar uno tras otro sus intentos de desmantelar el esqueleto de la vieja plantación.⁶ Pero este problema, dada su especificidad, habría que discutirlo en un trabajo de estricto sentido económico.

En todo caso, a lo que a textos se refiere, a partir del *Discurso* de Arango se presenta el mayor protocolo azucarero que ha visto el mundo. Piénsese que se trata de dos siglos de continua hegemonía del ingenio en tanto máquina de poder; dos siglos de metadiscurso a cuyo flujo en el tiempo se subordina todo el acontecer de Cuba. En el siglo pasado se decía «no hay azúcar sin esclavos», en el presente se dice «sin azúcar no hay país». Es el azúcar lo que ha determinado la geografía política de la isla y su composición demográfica, y lo que ha moldeado su historia económica, social y cultural.⁷ El azúcar, de una manera más o menos aparente, ha sido el móvil más poderoso de toda guerra, de toda intervención, de toda revolución, de toda crisis y de todo bienestar. En resumen, como dice Agustín Acosta en su poema *La zafra* (1926): «Grano de nuestro bien... clave de nuestro mal.»

Ahora bien, si se me preguntara cuáles fueron los primeros textos que se «resistieron» al discurso del ingenio, diría con toda certidumbre que éstos no fueron de naturaleza literaria sino jurídico-económica. Y aún diría más: pienso que son precisamente en esos textos donde hallamos las primeras formulaciones de lo Cubano. Esto es así porque, a mi modo de ver, fue la temible y veloz marcha del ingenio lo que empezó a generar

⁵ *Sobre la dependencia azucarera en la Cuba actual, véase Carmelo Mesa-Lago, The Economy of Socialist Cuba (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1981), pp. 57-65.*

⁶ *De 1960 a 1962 el Gobierno de Cuba intentó una política de diversificación industrial acelerada. Sobre su fracaso, ver Jorge I. Domínguez, Cuba. Order and Revolution (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1978), pp. 383-391.*

⁷ *Ver los siguientes clásicos cubanos: Raúl Cepero Bonilla, Azúcar y abolición (La Habana, Cenit, 1948); Ramiro Guerra y Sánchez, Azúcar y población en las Antillas (La Habana, Cultural, 1927); Fernando Ortiz, Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (La Habana, Jesús Montero, 1940); Manuel Moreno Fraginals, El ingenio (La Habana, C. Sociales, 1978).*

aquí y allá, pero primero fuera del ámbito del azúcar, el sentimiento de que no sólo se pertenecía a una comunidad, a una región, a una raza o grupo social, o incluso a una metrópoli, sino también a una isla que se llamaba Cuba y, por lo tanto, además de ser negro o blanco, habanero o camagüeyano, pobre o rico, hombre o mujer, se era también y sobre todo *cubano*.

En efecto, mirando lo Cubano desde el punto de vista de las relaciones de poder, hay que concluir que su formación se establece sobre una serie de oposiciones binarias que emergen del *boom* azucarero-esclavista previsto en el texto de Arango. Veamos, por ejemplo, el *informe* de Ignacio Zarragoitia y Jáuregui, firmado en Puerto Príncipe (Camagüey) el 5 de marzo de 1805 y dirigido al Real Consulado de La Habana. Luego de quejarse de los privilegios de los comerciantes españoles que controlan la trata negrera, observa que aquéllos no tienen otro resultado que «el engrandecimiento de los que los disfrutaban, y la miseria y la esclavitud de los demás»,⁸ lo cual alude directamente a la manera desigual en que se distribuye el poder entre los grupos sociales. Para Zarragoitia el interés de estos comerciantes «es absolutamente contrario al del Estado», y este asunto debe dirimirse en Cuba, puesto que «Esperanzas de socorros de la Península es la que tienen los Hebreos del Mesías». Finalmente hace lo que puede tomarse como una temprana declaración de cubanidad:

El pueblo de la Isla de Cuba no está representado, ni lo constituyen los vecindarios de La Habana [Santiago de] Cuba, Trinidad o Matanzas. El pueblo de Cuba es compuesto de todos sus habitantes, y este mismo pueblo compuesto de todos sus habitantes no debe formar sino una sola familia, y entre los miembros de esta sola familia es que se deben distribuir los bienes y los males, sin distinción ni privilegios.

Es interesante observar que las ciudades a que hace referencia Zarragoitia son enclaves azucareros. Es cierto que la importancia del ingenio en Santiago de Cuba no es grande si se compara con la que éste tiene en La Habana, Matanzas y Trinidad, pero no obstante es la ciudad más azucarera y esclavista del oriente de la isla. También hay que tener presente que Zarragoitia habla a nombre del Ayuntamiento de Puerto Príncipe, ciudad que ejerce su influencia en una dilatada región ganadera y cuya historia la define de una manera muy distinta, por no decir opuesta, a La Habana. Enriquecida desde muy temprano gracias a un activo comercio de contrabando de cueros y tasajo con los mercaderes y colonias de las potencias rivales de España en el Caribe, la región de Puerto Príncipe —así como la de Bayamo, más al este— creció al margen del control de los monopolios peninsulares; al no depender del azúcar, su modalidad de esclavitud era menos intensiva que la de Occidente, y la proporción de esclavos con respecto al total de la población era considerablemente menor.⁹ Esta situación había generado una sociedad regional criolla más independiente en lo económico, en lo político y en lo cultural que la de La Habana, lo cual habría de manifestarse en adelante en actitudes

⁸ Esta cita de Zarragoitia y Jáuregui, así como las siguientes, están tomadas de Moreno Friginals, op. cit., I, pp. 146-147.

⁹ Los porcentajes de esclavos con respecto a la población total de cada ciudad a que se ha hecho referencia, eran en 1827 los siguientes: Matanzas, 58%; La Habana, 46%; Trinidad, 41%; Puerto Príncipe, 25%. Ver Leví Marrero, Cuba: economía y sociedad (Madrid: Playor, 1983), IX, p. 192.

de gente como Gaspar Betancourt Cisneros (1823), Andrés Manuel Sánchez y Francisco Agüero (1826), Joaquín de Agüero (1843, 1851), Ignacio Agramonte (1868) y otros.¹⁰

Un texto todavía anterior al de Zarragoitia que veo erigirse en muestra de resistencia esclavista-azucarera es la apelación a la Corona que Simón de Echenique, apoderado de los «cobreros» en Madrid, hace con fecha 12 de marzo de 1793. A manera de antecedente debo aclarar que los tales «cobreros» eran descendientes de indios y esclavos africanos que, desde comienzos del siglo XVII, trabajaban las minas de cobre de Santiago del Prado, en la región oriental de la isla. Al suspenderse las labores hacia 1670, la Corona les concedió tierras para labranza y crianza con objeto de que se mantuvieran y pudieran adquirir la libertad. Un siglo más tarde, cuando se vio la conveniencia de reabrir las minas para atender las necesidades de cobre que reclamaba la manufactura azucarera, dos poderosas familias alegaron derechos inexistentes sobre las tierras y esclavos, logrando que el Consejo de Indias reconociera estos derechos, lo cual implicaba la esclavitud de más de mil descendientes de los antiguos esclavos de las minas. Esta inesperada situación dio origen a uno de los más interesantes y largos procesos legales que ha habido en Cuba, en el transcurso del cual una parte de los «cobreros» decidió vivir en las sierras como cimarrones mientras otros acudían a la ley para lograr una anulación del fallo. El texto de Echenique que cito es uno de los documentos más notables del vasto expediente:

El hombre nace libre naturalmente y entrando en sociedad se modifica y convierte su natural libertad en civil, sujeta al Soberano y a las Leyes. Es principio de derecho que el hombre se presume naturalmente libre siempre que no se pruebe lo contrario, porque la esclavitud es contra la ley natural. Si el hombre individualmente se presume libre, con mucho más razón se deberá presumir una villa, comunidad, cuerpo político o municipalidad compuesta de muchos que se gobiernan por sí y forman, en el Estado, una sociedad civil [...] La población de Santiago del Cobre [sic] se componía, pues, de individuos libres: tenían casas, terrenos, ganados; tenían templo donde concurrían a oír la palabra de Dios; formaban parroquia; pagaban sus diezmos; estaban reunidos en cuerpo municipal; se gobernaban por sí. En una palabra: además de su libertad civil como vasallos gozaban también de la política. En este concepto no se les pudo, ni ha podido sin la mayor injusticia y violencia, despojarles de la libertad.¹¹

Finalmente, el proceso se resolvió a favor de los «cobreros» en el año 1800. Es curioso que una de las razones de más peso para esta solución fuera que resultaba peligroso, dada la situación de guerra liberadora en Saint Domingue, que los «cobreros» pudieran, en caso de invasión, reunirse a los enemigos y servirles de prácticos y espías, y cuando menos, perdida una vez la esperanza de que fuesen atendidos sus clamores, se pasarían por familias a las islas vecinas en que no hay esclavitud.¹²

Quiero significar con esto que mientras la Revolución Haitiana propiciaba en Occidente la introducción acelerada de esclavos, en Oriente contribuía, por razones de pro-

¹⁰ Las fechas en paréntesis corresponden a los siguientes hechos: 1823, Betancourt Cisneros viaja a Suramérica para interesar a Bolívar en la independencia de Cuba; 1826, Sánchez y Agüero son los primeros mártires de la independencia; 1843, J. de Agüero es el primero en Cuba que libera a todos sus esclavos; 1851, Agüero y sus compañeros son fusilados por sus actividades independentistas; 1868, Agramonte se alza en armas en Camagüey, representando las ideas más progresistas de la Guerra de los Diez Años.

¹¹ Marrero, op. cit., p. 42.

¹² Ibid., p. 46.

ximidad al conflicto, a la anulación del fallo del Consejo de Indias y que las «1.065 personas que se dicen descendientes de los siervos primitivos [...] todos, sin diferencia de oficio, edad y sexo, se declaren libres».¹³

Con esto en modo alguno pretendo insinuar que lo Cubano es exclusivo del Centro y Oriente de la isla. Creo sin embargo, como dije, que emergió en estas regiones primero que en las zonas dominadas por el ingenio. Ahora bien, cuando la sociedad azucarera cobró conciencia de que hacia el oriente la isla se extendía en términos de tierras, bosques y puertos de reserva para la expansión del ingenio, lo hizo también pensándose a sí misma ya no como habanera o matancera, sino como cubana. Para mí, pues, lo Cubano se forma precisamente en esta profunda grieta que divide a Cuba en lo geográfico, en lo etnológico, en lo económico, en lo social. De estas dos Cubas, la que siempre ha dominado es la *Cuba Grande*, la del ingenio, cuyo polo cultural apunta hacia los mercados extranjeros del azúcar; es una Cuba autoritaria, soberbia, insensible; una Cuba que tiende a reducir la sociedad a los requerimientos de la producción, de la tecnología y, sobre todo, de la demanda mercantil. La *Cuba Pequeña*, al contrario, mira hacia el interior, hacia la tierra; su polo cultural está constituido por la diversidad propia del folklore y la tradición; es la heredera de lo Criollo y de la heterogeneidad característica de la sociedad preazucarera.¹⁴ Es en esta Cuba que se resiste a ser manufacturada donde primero surgen los discursos científicos y poéticos de lo Cubano; es aquí donde emerge, en tanto mecanismo de poder «pequeño» que se resiste a ser dominado por el poder «grande» de la máquina azucarera, la profesión de escritor y la literatura cubana. Esto, como dije atrás —perdóneseme la insistencia—, no quiere decir que el discurso literario que expresa lo Cubano sea privativo de esta *Cuba Pequeña*; sólo intento establecer la idea de que fue allí donde primero se mostró y donde fue identificado como discurso subversivo por la máquina azucarera-esclavista. Es justamente esta «identificación» lo que constituyó el polo territorializador de la literatura cubana. No obstante, antes de ver de cerca este importante momento de formación de discursos, es preciso definir lo que entiendo por «resistencia azucarera».

Para empezar, imagino lo azucarero como una figura, una constelación de maquinarias, tubos, aparatos y operarios muy semejante a las que vemos en los diagramas fabriles. Esta constelación o parque de tecnología es eficaz gracias a conexiones que unifican el sistema. Basta disminuir el flujo de energía —de poder— en cualquiera de los escalones de producción, para que se afecte el ritmo óptimo de esta gran máquina de máquinas. En la época que observamos, la figura azucarera estaba trazada más o menos de la siguiente manera: Corona Española, Gobierno Colonial de Cuba, Prestamistas-Negros Españoles, Sacarocracia, el Ingenio. Esto, naturalmente, es una reducción extrema de la complejidad de la figura, al punto que la he presentado en términos de

¹³ Ibid., p. 47. Sobre este tema, ver José Luciano Franco, *Las minas de Santiago del Prado y la rebelión de los Cobreiros* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975).

¹⁴ *Sobre la Cuba Grande y la Cuba Pequeña*, ver H. E. Friedlaender, *Historia Económica de Cuba* (La Habana: Montero, 1944).

una escalera de poder.¹⁵ En todo caso, lo que me interesa aquí es convenir en la idea de que toda resistencia ejercida en cualquiera de las conexiones se extendía necesariamente a toda la figura.

La estrecha relación de dependencia mutua que ligaba a los factores que he expuesto arriba se observa aún en fecha tan tardía como 1873. Ese año, en el cual los camagüeyanos de la *Cuba Pequeña* (la de la Independencia) lloraron la muerte en combate de Ignacio Agramonte y el fusilamiento del general Bernabé Varona, las familias de la sacarocracia desfilaron por las calles de La Habana en sus suntuosos carruajes, celebrando junto con el carnaval una zafra récord de 772.068 toneladas que representaba el 42 % del azúcar de caña producido en todo el mundo.¹⁶ Ese mismo año, al ser entrevistado el poderoso negrero y hacendado español Julián de Zulueta por el *Times* de Londres, afirmaba que la esclavitud africana en Cuba continuaría «tan segura como siempre lo había estado» bajo el nuevo gobierno republicano de Castelar, ya que «no había persona que tomara el poder en Madrid que no tuviera su precio».¹⁷ Hay que considerar que tres años atrás el dinero de la sacarocracia y los comerciantes españoles había financiado la subida al trono de Amadeo de Saboya con la condición de que éste no liquidara la esclavitud. En lo que toca al Gobierno de Cuba, la influencia de Zulueta en La Habana era tal, que el corresponsal del *Times* afirma que el Gobernador lo consultaba siempre antes de tomar cualquier decisión. Pienso que con lo ocurrido este año queda clara la interrelación que existía entre los diversos escalones de poder que constituían la gran alianza azucarera de Occidente.

Aquí, sin embargo, no nos interesa observar el alud de textos vinculados al poder del ingenio, sino las muestras de resistencia en el espacio del discurso intelectual de la *Cuba Pequeña*, principalmente en su modalidad literaria.

En 1834 Ticknor escribía a Domingo del Monte:

He sido sorprendido, desde que comencé a leer la *Revista Bimestre Cubana*, por la intensa capacidad literaria y cúmulo de éxitos de su Isla. Nada que pueda serle siquiera comparado, que yo sepa, ha sido nunca presentado en ninguna de las colonias españolas, y hasta en algunos respectos, nada semejante se ha visto en España. Jamás ha sido intentada en Madrid una revista de tanto ingenio, variedad y fuerza.¹⁸

¿Qué había ocurrido —se preguntaría Ticknor— para que de repente estallara en Cuba esa «intensa capacidad literaria»? Quizá el mismo del Monte no habría podido responder tal pregunta de una manera aceptable. Se hallaba envuelto por su situación particular y es muy posible que viera esta súbita actividad literaria como una expresión de su voluntad; esto es, como el fruto de su talento organizativo y de su decisión de

¹⁵ Habría que incluir de algún modo a grupos norteamericanos mercantiles negreros y anexionistas. De los factores que enumero, la Corona y el Gobierno de Cuba fueron desplazados hacia 1850 por parte de la sacarocracia, cuya estrategia se orientó a favor de la anexión al Sur esclavista de los Estados Unidos. Excluyo a intelectuales cubanos de buena fe que veían la intervención norteamericana como un paso a la independencia.

¹⁶ Moreno Friginals, op. cit., III, p. 37.

¹⁷ Esta cita y la información sobre Zulueta, la tomo de Hugh Thomas, Cuba. The Pursuit of Freedom (New York: Harper & Row, 1971), p. 262.

¹⁸ Cita tomada de Fernando Ortiz, ed., Contra la Anexión (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974), p. 32.

articular una literatura que respondiera a las contradicciones que percibía en la sociedad de su tiempo. Hoy, claro está, tal pregunta sería respondida con menos decisión, con más cautela. Al igual que Arango y Parreño en la época de su *Discurso* habanero, del Monte era, en la década de 1830, uno de los tantos «autores» formados por la confluencia de varios discursos. Lo importante hoy ya no serían estos «autores», digamos gente como Varela, Heredia, Saco, Luz y Caballero, El Lugareño, Echeverría, Tanco, Palma, Villaverde, Suárez y Romero, Manzano, Plácido, Milanés, Cárdenas, Betancourt, Poveda, la Avellaneda, Poey, Covarrubias, Pichardo, Saumell... Lo importante sería —como vimos en el caso de Arango— constatar que en esos años existía en la isla una superficie socio-económica que posibilitaba la manifestación de ciertos discursos que hoy, al estudiarlos en su conjunto, los vemos definir la emergencia de lo Cubano. Los autores que he nombrado, desde el pensador Varela hasta el músico Saumell, se insertaron en ellos con sus obras y fueron en muchos respectos los primeros manipulados/manipuladores de lo Cubano en la literatura, el teatro, las ciencias sociales, la educación, las ciencias naturales, la lexicografía, la geografía, la música, la crítica literaria.

Ahora bien, la superficie socio-económica de que hablo debe imaginarse como un escenario de conflictos. De momento sólo reparo en uno de ellos, sin duda el más crítico y formidable de esos años. Se suele expresar en signos aritméticos, pero hay que convenir en que esto supone una reducción pragmática, fría, simplificadora. Según los censos oficiales de la época, la población de Cuba podía dividirse entonces de la manera que sigue:

<u>Año</u>	<u>Esclavos (%)</u>	<u>Libertos (%)</u>	<u>Blancos (%)</u>
1774	25,8	17,9	56,2
1792	31,6	19,7	48,7
1817	36,0	20,6	43,4
1827	40,7	15,1	44,2
1841	43,3	15,2	41,5 ¹⁹

Claro, este lenguaje estadístico no comunica sentimientos; comunica, sin embargo, proporciones demográficas y sociales que evidencian el proceso de territorialización esclavista del ingenio. Surge la pregunta: ¿cómo arreglar estas cifras divididas por el azúcar y la piel?

La respuesta radical era, por supuesto, liquidar la esclavitud y el coloniaje español. Esta había sido la meta de una serie de conspiraciones a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XIX, entre las cuales la más interesante parece haber sido la de José Antonio Aponte (1812). En lo que toca a textos, contamos con la *Memoria sobre la esclavitud*, de Félix Varela, incluyendo su apéndice «Proyecto de decreto sobre la abolición de la esclavitud en la Isla de Cuba y sobre los medios de evitar los daños que pueden ocasionarse a la población blanca y a la agricultura» (1822). También, de Varela, tenemos un *Proyecto de instrucción para el gobierno económico político de las pro-*

¹⁹ Marrero, op. cit., p. 192.

vincias de Ultramar (1823), que busca para Cuba una forma de autonomía bajo España y, sobre todo, sus artículos del exilio publicados en *El Habanero* (1824-1825), en los cuales se manifiesta ya como separatista. Dentro de lo estrictamente literario, el sentimiento de la independencia aparece con patriótica pasión en los versos del *Himno del desterrado*, compuestos por José María Heredia en 1825 cuando, al viajar de New York a México, divisa en el horizonte la altura del Pan de Matanzas.²⁰

Es incuestionable que estos textos constituyen muestras tempranas de lo Cubano en el medio del periodismo político y la literatura. Pero, como sucede siempre con los «orígenes», su legitimidad no resultó clara en su momento. Somos nosotros quienes la hemos reivindicado a través del discurso de la Nacionalidad propio del siglo XX. Hay que tener presente que estos textos, por haber sido escritos y publicados fuera de Cuba, no tuvieron un gran impacto en la opinión pública de la isla; sus autores no sólo se hallaban en el exilio, sino que estaban «muertos» legalmente, pues tanto Varela como Heredia habían sido sentenciados en ausencia a la pena capital. Además, el separatismo de ambos era de corte pesimista, más bien era una cuestión de principio; uno y otro, por distintos caminos, se encargaron de apagar o diferir el fuego independetista que años atrás ellos mismos habían levantado.²¹

Ciertamente, debido al fracaso de las conspiraciones y a la bonanza económica, la idea de la independencia era casi impensable en La Habana de la década de 1830. Beneficiada primero por el tabaco y después por el azúcar y el café, la ciudad era uno de los puertos más activos de América. Visitada ya por el turismo internacional, consumía hielo importado de Estados Unidos, cerveza inglesa, óperas de Italia y modas de París. Las especulaciones, los pleitos, el juego y el derroche, hacían y deshacían fortunas de la noche a la mañana. Muy distintas eran las cosas en las nuevas naciones de América Latina, empobrecidas hasta la miseria y desgarradas por la anarquía política. En España los asuntos no iban mejor. Tras el reinado funesto de Fernando VII, el país se hallaba en una crisis general que iba desde la ruina económica hasta la guerra civil. Al tener a la vista lo que ocurría en el mundo hispánico, no era fácil para el habanero blanco y racista darle calor a la idea de una independencia que sólo podía obtenerse liberando a los esclavos y que lo único que parecía garantizar era un desastre en toda la línea.

No obstante, había un grupo de habaneros relacionados con Varela y Heredia a quienes inquietaba el número creciente de esclavos. Veían varias razones para ello. En primer lugar, podía ocurrir una rebelión masiva imposible de reprimir, en cuyo caso Cuba correría la suerte de Saint Domingue; o bien, en presencia de la insurrección, podía caer en manos de los esclavistas norteamericanos o de los abolicionistas ingleses, convirtiéndose en un estado sureño más de la Unión o en una república africanizada bajo el con-

²⁰ Habría que incluir poemas anteriores como «La Estrella de Cuba» y «A Emilia».

²¹ Véase, por ejemplo, la conocida carta de Heredia a Tacón: «Es verdad que ha doce años, la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos (...) Pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y veía como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano». Cita tomada de Juan Pérez de la Riva, ed., Correspondencia reservada del Capitán General Don Miguel Tacón (*La Habana: Consejo Nacional de Cultura*, 1963), p. 32.

trol de Inglaterra. En el mejor de los casos, aun cuando tal rebelión no acaeciera, el sostenido aumento del número de esclavos impediría que Cuba alcanzara el nivel técnico y la prosperidad industrial a que habían llegado ciertas naciones de Europa y el nordeste de Estados Unidos. De esta suerte, la isla, en la medida que incrementaba su población esclava, limitaba un destino que a Arango y Parreño les había parecido plausible: hacer de Cuba la Albión del Caribe.

Aunque generalmente con esto se da por explicada la inquietud de este grupo, pienso que su conflicto era más complejo. Creo que hacia esa época La Habana ilustrada cobró conciencia de su adición a la esclavitud; es decir, percibió su deseo de poseer esclavos como algo prohibido, digamos, una aberración sexual cuya larga práctica ya la hacía imprescindible a la vez que imperdonable.²² La sacarocracia había logrado alejar la Iglesia del ingenio, y éste quedaba fuera de los límites del pecado. Pero, al entrar el siglo XIX, un viento imprevisto comenzó a soplar desde Europa. Por una parte el discurso romántico exhibía lo pintoresco, las costumbres locales, las pasiones del «buen salvaje» y las desigualdades sociales; por la otra, una fiebre de adecentamiento burgués entraba en el mundo con la era victoriana. Hoy sabemos que se trataba de exigencias del capitalismo industrial, pero entonces no se hablaba de tal cosa, sino de deberes morales, cívicos y religiosos que el mundo civilizado debía ejercer para sí y para otros, y claro, uno de esos deberes era erradicar la esclavitud, residuo y resabio de los dudosos tiempos mercantilistas.

Atrapada en esta coyuntura, la sacarocracia, demasiado reblandecida ya para liberar a sus esclavos, hacer la guerra a España y ascender al plano de burguesía nacional, busca refugio en el pasado; luce sus condecoraciones y títulos comprados a la Corona, y celebra banquetes y saraos de proporciones imperiales; su mirada se vuelve apocalíptica —*después de mí, el diluvio*—, como les suele ocurrir a las clases que ruedan en decadencia.²³ De la iniciativa que la caracterizó en los años del *Discurso* de Arango, cae en manos de los préstamos usureros de los comerciantes y negreros españoles y ve con asombro y temor cómo su ruina se construye en un futuro cercano. Llega al punto en que produce azúcar para comprar esclavos, y el poder que genera el ingenio es apropiado cada vez más y más por gente como Julián de Zulueta. En menos de dos generaciones su optimismo y su pujanza económica se han transformado en deudas, en hipotecas, en traspasos de propiedades, y sólo le queda chapalear dos o tres décadas en un cenagoso pesimismo.

El grupo ilustrado de La Habana, sin embargo, veía las cosas de un modo un tanto menos pesimista. Las ideas de la Revolución Norteamericana, de la Revolución Francesa, de la Revolución Latinoamericana y, sobre todo, de la Revolución Industrial, los empujaban al inconformismo político, económico y social. Pero, claro, estaba el problema de los esclavos y de los negros libres. ¿Quién garantizaba que al abolirse la esclavi-

²² Sobre el tema del deseo sexual de que era objeto la carne de las esclavas, véase sobre todo, Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala* (Río de Janeiro, Schidt, 1936).

²³ Sobre el derroche y la decadencia moral de la sacarocracia, no he visto mejor descripción que la que hace Fanny Calderón de la Barca en los capítulos dedicados a La Habana de su *Life in Mexico*. De las numerosas ediciones, ver la de Howard T. Fisher, Marion Hall Fisher (New York: Doubleday, 1966). Es la única que reproduce las cartas de Fanny tal cual fueron escritas.

tud de golpe ambos grupos no se unieran y le hicieran la guerra a los blancos? En todo caso, sabiendo que su racismo tenía mucho de exorcismo, estos hombres empezaron a pensarse como *cubanos*. Para ellos Cuba no debía de ser una de las tantas islas-plantaciones del Caribe, donde nueve de cada diez habitantes eran negros desarraigados y violentados por la esclavitud; Cuba merecía otra suerte porque desde el comienzo había surgido como una *patria*. Ciertamente carecía de las fuerzas para gobernarse por sí sola, pero esto se conseguiría con el tiempo a través de un extenso programa de educación y de un plan que eliminara gradualmente la esclavitud. Por el momento lo más urgente era evitar que siguieran entrando negros al país; era imperativo lograr el cumplimiento de los acuerdos para suprimir la Trata. Los ingenios y los cañaverales no sufrirían de escasez de brazos, pues los esclavos que murieran serían reemplazados por colonos blancos traídos de Canarias, de Baleares, incluso de Irlanda con tal que fueran católicos; se casarían con negras y Cuba se blanquearía paulatinamente gracias a una política de continuos mestizajes. El ingenio saldría ganando a la larga, pues era sabido que el trabajador libre constituía en sí mismo una fuente de riqueza; además, los rendimientos agrícolas aumentarían y los costos bajarían, ya que se les pagaría en azúcar del ingenio para el cual trabajarán. Tal era, en resumen, la solución que ofrecían los habaneros ilustrados para mejorar la situación de Cuba en las próximas décadas.

Con respecto al momento preciso en que esta política reformista se incorpora al discurso de resistencia de la literatura cubana, pienso que es posible tomar como eje los números de *El Mensajero Semanal* [sic], periódico fundado por Félix Varela y José Antonio Saco en New York, y cuya publicación ocurre entre agosto de 1828 y enero de 1831. El contenido de este periódico puede verse como un puente entre los artículos jacobinos de *El Habanero* —fundado por Varela y muestra temprana e ingenua de lo Cubano— y el reformismo consecuente y programático de la *Revista Bimestre Cubana*, que habría de dirigir Saco en 1832. De los textos diversos publicados en *El Mensajero Semanal*, tiene especial interés la polémica de Saco con el intelectual español Ramón de la Sagra, director del Jardín Botánico de La Habana, a propósito de la calidad poética de José María Heredia. Conducida a lo largo de 1829, pienso que constituye la primera serie de textos donde se manifiestan los dos polos de la literatura cubana, o si se prefiere, los límites extremos que demarcan el espacio de su discurso. Tal vez pueda asegurarse que esta polémica entre la *Cuba Pequeña* y la *Cuba Grande* en el ámbito de la literatura, inicia ya, con todas sus contradicciones desplegadas en regla, el discurso literario cubano *propriadamente dicho*.²⁴

En todo caso, no hay duda de que en 1832, cuando el grupo de habaneros ilustrados captura en el seno de la Comisión de Literatura de la Sociedad Patriótica la dirección de la *Revista Bimestre Cubana*, es posible afirmar que el discurso literario cubano, tal cual existe hoy, ha quedado completamente implementado. Los miembros más notables del grupo inicial son Saco, Luz y Caballero, del Monte y, en cierta medida, el anciano Arango, quien en la década de 1820 había abandonado las filas más reaccionarias de la sacarocracia para pasarse con prudencia a las de los reformistas, con lo cual amplió

²⁴ La polémica fue incluida por Saco en su Colección de papeles científicos, históricos, políticos y otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos (Paris: D'Aubusson, 1859), III, pp. 219-230.

y actualizó su *Discurso*. Sin embargo, en esta ocasión la Corona no legitima sus opiniones de que ha llegado el momento de liquidar la Trata y de intentar el «blanqueamiento» de Cuba; así, puede decirse que, al vivir demasiado, Arango tuvo la oportunidad de «resistirse» a su propio *Discurso*.²⁵ En todo caso, el hombre del momento ya no es Arango, sino Saco. En efecto, bajo su nombre autorizado de director de la *Revista Bimestre Cubana* e investido del prestigio de la Sociedad Patriótica, aparece publicado en 1832 su notable ensayo «Análisis por don José Antonio Saco de una obra sobre el Brasil, intitulada, *Notices of Brazil in 1828 and 1829, by Rev. R. Walsh, Author of a Journey from Constantinople, etc.*». Se trataba de un golpe a fondo contra los negros y prestamistas españoles, al igual que contra la vieja guardia de la sacarocracia. No alcanzaba a ser un desafío antiesclavista, pero colocaba en un espacio de debate público e institucional una cuestión que pocos querían discutir: la liquidación total de la Trata. No veo mayor objeción en tomarlo como una muestra del discurso de resistencia al ingenio. No sólo estaba orientado a frenar el ritmo de expansión de la esclavitud, sino que también exponía las bases del programa reformista a que ya he hecho referencia, las cuales proponían una modernización y una democratización en términos industriales de las relaciones de poder existentes en el ámbito del azúcar. Es ahí que veo su potencial de resistencia. No hay duda de que si la Corona hubiera actuado con mano firme en ese instante para suprimir la Trata, la máquina azucarera se habría detenido y visto forzada a reorganizarse sobre nuevas ideas económicas y sociales con resultados un tanto impredecibles.²⁶ No obstante, no se debe olvidar que las reformas que Saco propone parten del conflicto que caracterizó a todo su grupo: de un lado un profundo racismo y un turbio deseo de poseer al negro, y del otro razones económicas y morales dictadas por la época de consolidación de la sociedad industrial. De ahí que la mayor parte del artículo de Saco se detenga a examinar el *peligro negro* a manera de premisa para establecer sus argumentos reformistas:

Hasta ahora solamente hemos considerado la fuerza numérica de la población de color que nos rodea. ¿Cuál no sería el cuadro que pudiéramos trazar, si considerásemos esta enorme masa sometida al influjo de causas políticas y morales, presentando al mundo un espectáculo desconocido en la historia de los tiempos? [...] El horrendo tráfico de carne humana prosigue a despecho de las leyes y hombres que quieren usurpar el título de patriotas cuando no son más que parricidas, inundan nuestro territorio de víctimas encadenadas [...] Si todos nuestros hacendados se pudieran penetrar de la importancia de esas ideas, entonces los veríamos dedicados a promover la introducción de hombres blancos, y a impedir la de africanos [...] Digan de nosotros lo que quieran los egoístas; censúrennos los que se precian de discretos [...] Nosotros cedemos a consideraciones de un linaje muy elevado; y honrando la noble misión de escritores no nos cansaremos de repetir, que *salvemos a la patria, salvemos a la patria*.²⁷

Es curioso observar que Saco introduce en Cuba, de manera clara y consciente, la profesión de escritor. No conozco ningún texto anterior a éste, en el caso de Cuba,

²⁵ Ver, por ejemplo, sus «Ideas sobre los medios de establecer el libre comercio de Cuba y de realizar un empréstito de 20.000,000 de pesos», op. cit., II, pp. 306-307. El texto fue escrito en 1826.

²⁶ Ver Danielle Turu, «En torno a los costos de producción azucarera en Cuba a mediados del siglo XIX», *Cuban Studies*, XI, I (1981), pp. 65-86.

²⁷ Eduardo Torres Cuevas, Arturo Soregui, eds., José Antonio Saco. Acerca de la esclavitud y su historia (*La Habana: Editorial de Ciencias Sociales*, 1982) ps. 202, 204-205.

en el cual un autor intente erigirse en conciencia crítica de la sociedad del momento a título de ejercer la «noble misión de escritores». Esto, naturalmente, es interesante por más de una razón. Pero aquí sólo quiero subrayar el hecho de que en 1832 el discurso intelectual cubano se manifiesta ya, con toda autoconciencia, como recinto de *poder legítimo*; y esto no porque un agente exógeno de prestigio le haya otorgado tal poder, sino porque éste emana del discurso mismo en tanto *conocimiento y escritura*. Al reconocerse como *escritor*, Saco —y el resto de su grupo— sabe que su oficio consiste en ser manipulador/manipulado de la sustancia del poder. Es esta madurez intelectual, única en la América Latina de esos años, lo que hace al grupo habanero fundar su estrategia reformista no en la acción política, económica o social, sino en lo que no encuentro mejor modo de llamar que la Conspiración del Texto.

Es poco útil e iluminador estudiar por separado el protocolo interdisciplinario de este notable grupo; las vidas y las obras de sus miembros están tan entrelazadas, que ni siquiera la música debe verse por aislado, y para ello sólo hay que recordar que el sueño de Saumell fue llevar a la forma de la ópera la novela *Antonelli*, de José Antonio Echeverría.²⁸ Basta hojear las páginas de la *Revista Bimestre Cubana* para ver en un mismo nivel de jerarquía artículos sobre temas políticos, históricos, económicos, sociales, literarios, científicos. Allí colaboraron Varela, Saco, Luz y Caballero, Echeverría, Delmonte, Poey, y no es de extrañar que Ticknor dejara constancia de su excelencia al compararla con las publicaciones del mundo hispánico, e hiciera resaltar que ni siquiera en Madrid se había intentado «una revista de tanto ingenio, variedad y fuerza». También resulta estéril analizar la enorme masa de textos producidos por los miembros del grupo, atendiendo a su posición social, raza, credo político o cualquier otro tipo de reducción que limite la dispersión propia de este *corpus*.

En todo caso, el propósito de Saco y su grupo de entablar un debate sobre la Trata a partir de los comentarios sobre *Notices of Brazil*, fue plenamente logrado. El artículo, como era de esperar, cayó como una bomba entre los comerciantes españoles y la mayor parte de la sacarocracia. En los medios conservadores habaneros se comenzó a hablar del «conspirador» y «abolicionista» José Antonio Saco. Sin embargo, la fase más violenta del debate no habría de ocurrir hasta dos años más tarde. Por esa época las invectivas contra Saco también envolvían a la *Revista*, a la cual se acusaba de propagar ideas subversivas. Ahora bien, al morir Fernando VII en 1833, el grupo habanero le había escrito a la regenta María Cristina, pidiéndole autorización para constituirse en una Academia de Literatura Cubana independiente de la Sociedad Patriótica. Hay que recordar que el grupo y la *Revista* funcionaban dentro de la Comisión de Literatura de la Sociedad, la cual estaba controlada en ese momento por los intereses azucareros más conservadores. El plan era claro: buscar autonomía y prestigio fuera de la Sociedad con objeto de poder desplegar con éxito una campaña literaria antinegrera. La Corona accedió a la petición, y la Academia, con su órgano de prensa, se puso en funciones en marzo de 1834.

Como se sabe, la flamante Academia fue combatida enseguida por Juan Bernardo O'Gaban, el director de la Sociedad Patriótica. Su argumento era que se había desconocido el parecer de la Sociedad al escribirle directamente a la reina. El debate se hizo

²⁸ Alejo Carpentier: *La música en Cuba, Méjico, F.C.E., 1946, págs. 182-186.*

público al aparecer en la prensa habanera los juicios apasionados de la Sociedad y de la Academia. Con motivo de la polémica, el general Ricafort, Gobernador de Cuba, dictó una orden prohibiendo que artículos de una y otra parte siguieran apareciendo en los periódicos, «para no dividir las opiniones, con lo cual se comprometerían objetos muy sagrados». ²⁹ Cuando O'Gaban y la facción conservadora celebraban su éxito al sustraer la polémica de la opinión pública, irrumpió en la escena un folleto de Saco titulado *Justa defensa de la Academia de Literatura contra los violentos ataques que se le han dado en el Diario de la Habana, desde el 12 hasta el 23 de abril del presente*. El folleto aparecía publicado en New Orleans, pero en realidad había sido impreso en Matanzas. En esa coyuntura llegó el general Miguel Tacón, el nuevo Gobernador de Cuba, quien de inmediato fue solicitado por el Conde de Villanueva, Superintendente de Hacienda e influyente portavoz de la sacarocracia, para que tomara medidas drásticas contra Saco. En efecto, pocos días después éste recibía una orden de Tacón desterrándolo al enclave azucarero de Trinidad. Saco logró ver a Tacón, pero el general se mostró irrevocable argumentando que había ofendido a O'Gaban y que ejercía «mucha influencia sobre la juventud habanera». ³⁰ Alarmado por el giro que tomaban las cosas, el grupo de intelectuales determinó que Luz y Caballero escribiera una *Representación* en defensa de Saco. El texto, que fue firmado por Saco, puede verse como un manifiesto que define ideológicamente a todo el grupo:

- 1.^a Todo joven ilustrado de nuestros tiempos es forzosamente liberal.
- 2.^a Por consiguiente lo soy yo; mas nunca he sido indiscreto ni en mis palabras ni en mis obras, ni jamás he entendido por *liberalismo* sino el sinónimo de *ilustración*. ³¹

El documento fue inútil, pero gracias a los oficios de Arango y Parreño, Tacón revocó su orden inicial y permitió que Saco marchara al exilio en septiembre de 1834. Esta confrontación, tras la cual la Academia de Literatura quedó disuelta, la *Revista* clausurada y Saco desterrado, marca el primer intento organizado de los intelectuales cubanos para constituir un foco de resistencia frente al poder de los negreros y la sacarocracia. En caso de que el debate entre Saco y la Sagra, en 1829, se considere demasiado vago para fundar lo que llamo «lo Cubano propiamente dicho» —esto es, lo Cubano con sus polos de oposición visiblemente integrados—, no veo inconveniente en tomar el período 1832-1834 como el momento de emergencia del discurso que estudiamos, en el cual se insertan, entre otros, los textos de la *Revista*, los que se relacionan con la fundación de la Academia, la polémica en la prensa, el folleto de Saco, la *Representación* de Luz y Caballero y los despachos oficiales al respecto firmados por Ricafort y Tacón.

Como vimos, esta etapa de formación de discursos es crucial, ya que establece «para siempre» el espacio de analogías y diferencias dentro del cual ha de discurrir el discurso, al punto que cualquier texto futuro aparecerá como ya *previsto* en el protocolo que manipuló por primera vez el discurso. Esto hace que los textos de este breve período merezcan el más detallado análisis, puesto que mientras no cambie la estructura socio-económica de la plantación de azúcar, no sólo tendrán vigencia actual sino que en su

²⁹ Saco, op. cit., III, p. 22.

³⁰ Ibid., p. 62.

³¹ Ibid., p. 64 y ss.

conjunto constituirán un texto cuyas estrategias en conflicto se desplegarán en igual disposición y se resolverán de la misma manera, pues su única variación será de tipo modal.³² En términos de música, este grupo de textos puede verse como un *tema* en movimiento, concluido el cual se volverá a desarrollar en calidad de *variación*, y así «para siempre». Es posible entonces pensar el discurso literario cubano como una serie de ciclos o *variaciones* que se refieren a un mismo conjunto de textos o *tema*.

El primer ciclo, por ejemplo estaría constituido por los textos del período 1835-1844, los cuales habrían de referirse al *dossier* maestro o fundador que acabamos de ver. Una rápida descripción del ciclo daría el siguiente *plot*:³³

1) Las reuniones de la Comisión de Literatura de la Sociedad Patriótica son reproducidas por las tertulias de Domingo Delmonte (1835). El grupo, ahora aumentado con nuevos autores, continúa siendo interdisciplinario, pero el *modo* dominante pasa a ser la literatura.

2) El vacío dejado por la *Revista Bimestre Cubana* es ocupado por otras publicaciones periódicas fundadas o dirigidas por miembros del grupo. Por ejemplo: el *Aguinaldo Habanero* (1837), *El Album* (1838), *El Plantel* (1838), las cuales son controladas por Ramón de Palma y Romay y José Antonio Echeverría.

3) Comienzan a aparecer nuevos textos de resistencia a la figura azucarera. En el extranjero Saco publica, dedicado «a los hacendados de la isla de Cuba» su *Mi primera pregunta: ¿La abolición del comercio de esclavos arruinará o atrasará la agricultura?* (1837) y su notable *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas* (1837). Ese mismo año la narrativa cubana es fundada por Palma y Romay, con su «Matanzas y Yumurí» (*Aguinaldo Habanero*), bajo cuyo influjo, también en ese año, se inicia en las letras Cirilo Villaverde con cuatro narraciones: «El ave muerta», «La peña blanca», «El perjurio» y «La cueva de Taganana» (*Miscelánea de Util y Agradable Recreo*).

4) La necesidad de legitimarse en lo Cubano que había experimentado el grupo de la Academia, vuelve a surgir en los contertulios de Delmonte. La búsqueda de una prueba que documentara los orígenes legítimos y la legalidad del discurso literario cubano, alcanza un rotundo éxito gracias al azar y a los afanes de investigación histórica de Echeverría. Hablo, por supuesto, del hallazgo del *Espejo de Paciencia*. Ahora bien, al estudiar el poema y las circunstancias que rodearon su «aparición», hay que convenir en que su vigencia —como ocurriera con el *Discurso* de Arango— reside principalmente fuera de su forma y de su contenido; su fuerza más bien está en su *oportunidad*. Escrito en 1608 por Silvestre de Balboa, escribano de Puerto Príncipe, e incluido su texto en la *Historia de la isla y catedral de Cuba*, escrita hacia el 1760 por el obispo Morell de Santa Cruz, el poema se prestaba maravillosamente a ser manipulado por el grupo de Delmonte. En primer lugar Balboa y Morell de Santa Cruz eran oriundos de Canarias

³² Entre los numerosos trabajos contemporáneos sobre la teoría del discurso, es obvio que mis comentarios acerca del momento de formación de lo Cubano deben mucho a Michel Foucault. En un sentido más general, es también evidente mi deuda con Bataille, Deleuze, Giddens, Guattari, Heidegger, Kafka, Lyotard, Nietzsche, Weber.

³³ Plot, en el múltiple sentido que tiene en inglés esta sorprendente palabra: parcela, diagramar, conectar con líneas, trazar, plan secreto, conspiración, trama de eventos de una narración, desarrollo dramático.

y Santo Domingo; esto es, dos islas «criollas» que habían sido conquistadas por España. Además, ambos estaban investidos de autoridades complementarias, una civil y la otra eclesiástica, desde la cual se habían erigido en «autores». Como si fuera poco, el poema había sido saludado en su tiempo por un grupo de sonetistas, a todas luces hombres de bien como Balboa y Morell de Santa Cruz, lo cual legitimaba la peña literaria de Delmonte. Paralelamente, el asunto del poema venía como anillo al dedo al discurso de resistencia, puesto que en algunos versos se exaltaba la participación heroica de un esclavo «criollo» en un combate contra piratas herejes, gracias al cual obtuvo la libertad. El hecho de que el *Espejo de paciencia* fuera presentado por Palma en el *Aguinaldo Habanero* (1837), y comentado por el propio Echeverría en *El Plantel* (1838), da una idea de lo «suyo» que el grupo de intelectuales sentía el poema. Así, pienso que el *Espejo de paciencia* debe tomarse a la vez como un poema barroco de los comienzos del siglo XVII y como texto hallado, copiado, retocado, editado, presentado y comentado por el grupo de Delmonte, pero sobre todo como una lectura romántica de la crítica literaria cubana de la década de 1830, que vio en él la oportunidad de legitimar «para siempre» su discurso.³⁴

5) De la misma manera que Saco, en 1832, exhibe su conciencia de escritor científico-social y la esgrime en términos de poder sobre la base de su *conocimiento* de investigador y especialista, Palma lo hace ahora, en calidad de crítico literario, con respecto a la naciente narrativa cubana. Su artículo, titulado «La novela» y publicado en *El Album* (1838), es uno de los más notables del período. La estrategia consiste en exaltar a la novela, en tanto discurso, y al escritor en tanto autor literario. A estos efectos equipara el discurso de la novela al de las ciencias puras y al de la historia, y presenta a «los poetas y novelistas, como la flor y nata del ingenio humano». Pero este despliegue de fuerzas, naturalmente, persigue un propósito concreto: celebrar la aparición de Cirilo Villaverde como narrador, y de paso la de él («empresa que nosotros continuamos»). Pero es fácil ver que su objetivo va más allá de sí mismo y de su amistad con Villaverde, puesto que en el artículo aparecen fijados los criterios de Delmonte sobre lo que debe ser la literatura cubana. En realidad, Palma, al tiempo que marca la aparición de las narraciones de Villaverde, prepara el terreno para el *boom* literario que habría de comenzar precisamente ese año. Recuérdese que en 1838 se publicaron, del propio Palma, las novelas *Una pascua en San Marcos* y *El cólera en La Habana*; de Villaverde, *El espetón de oro* y la primera parte de *Excursión a Vuelta Abajo*; de José Jacinto Milanes, se estrena y se imprime su pieza dramática *El Conde Alarcos*; Félix Tanco y Bosmeniel escribe sus *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*, de las cuales sólo se conserva el cuento «Petrona y Rosalía». Todos estos textos habían surgido de las tertulias de Delmonte, pero también hay que recordar que en esa fecha la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano —al menos la parte que conocemos— estaba terminada y, probablemente, en poder de Palma, y que Anselmo Suárez y Romero ya había escrito los primeros capítulos de *Francisco*; ambas obras eran también encargos de Delmonte. Por otra parte, es muy posible que Echeverría estuviera escribiendo su novela *Antonelli*,

³⁴ Ver Roberto González-Echeverría, «Especulaciones sobre el Espejo de paciencia», en *anuario de Cuban Studies*, 1986.

que habría de aparecer en 1839, y que Villaverde se encontrara trabajando en su boceto de *Cecilia Valdés*, que se publicaría en forma de cuento también en 1839. No hay duda de que toda esta información estaba en poder de Palma cuando escribió «La novela», y el artículo debe considerarse una suerte de prólogo a esta serie de textos producidos dentro del círculo de Delmonte.³⁵

6) Como era de esperar, la sociedad plantadora y mercantil de La Habana pronto «descubre» los hilos de la conspiración literaria, sólo que entre 1834 y 1838 había estado ocupada en echar al gobernador Tacón, coincidiendo en esto con Delmonte y sus amigos. El primer texto del grupo que originó un verdadero malestar y renovó las sospechas hacia la literatura, fue *Una pascua en San Marcos*. Esta reacción es fácil de comprender si se recuerda que la novela caracterizaba como cornudo, torpe, impertinente y aburrido, a un capitán español, y censuraba la vida decadente de ocio y excesos que llevaba la plantocracia cafetalera y azucarera. El escándalo fue tal, que Palma estuvo a punto de caer preso. El mismo Delmonte tuvo que salir en su defensa, comentando que por su «colorido local, la buena observación y pintura de nuestras costumbres y la naturalidad y sencillez del lenguaje, ha hecho aquí mucho ruido, y la gente cubana, que es la primera vez que se ve retratada al natural, se ha escandalizado de su propia figura y tachado de inmoral al pintor».³⁶

7) Una de las características más señaladas de los autores cubanos que escriben desde el polo de resistencia, es su propensión a buscar reconocimiento y apoyo en los círculos intelectuales extranjeros. Esta búsqueda no es indiscriminada; se tratará sólo de los círculos cuya ideología provea un espacio de posible conexión. De ahí que para el escritor cubano lo importante no sea el nombre del país donde residen tales círculos, o bien el tipo de sistema económico y político que rija en esas naciones; lo importante será la perspectiva de alianza coyuntural que ofrecen estos grupos de intelectuales, independientemente de si su acción es contraria o no a las fuerzas dominantes en su medio. Esta necesidad de establecer contactos fuera de la isla se debe, por supuesto, a la propia naturaleza del discurso de resistencia, cuyo carácter «subversivo» y «marginal» lo lleva a proyectarse hacia extramuros en busca de aliados, por lo general momentáneos, ya que sus intereses más estratégicos suelen ser otros. En todo caso, esta ley del discurso —iniciada por Varela, Saco y Heredia— lleva a Delmonte a relacionarse con intelectuales abolicionistas ingleses, primero con Richard Robert Madden³⁷ y después con David Turnbull.³⁸ Como se sabe, en 1839 le entrega a Madden una carpeta con textos

³⁵ Ver el artículo de Palma en *El Album*, I (abril, 1838), pp. 5-35. Sobre las tertulias de Delmonte y sus criterios literarios de fundación, véanse José Z. González del Valle, *La vida literaria en Cuba 1836-1840 (La Habana: Secretaría de Educación, 1938)*; Salvador Bueno, *Las ideas literarias de Domingo Delmonte (La Habana: UNESCO, 1954)*; Cintio Vitier, *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano (La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 1968)*.

³⁶ A. M. Eligio de la Puente, «introducción» a su edición de R. Palma. *Cuentos cubanos (La Habana: Cultural S.A., 1928)*.

³⁷ Miembro de la Comisión Mixta para supervisar el cumplimiento de los acuerdos contra la Trata firmados por España e Inglaterra. Autor de *The Island of Cuba...* (London, Gilpin, 1849) entre otros libros y panfletos abolicionistas.

³⁸ *Cónsul de Inglaterra en Cuba. Autor de Travels in the West. Cuba with Notices of Porto Rico and the Slave Trade (London: Longman, 1840)*.

antiesclavistas, entre los cuales se encuentran la *Autobiografía* y los poemas de Manzano; la novela *Francisco*, de Suárez y Romero, e incluso un cuestionario que ha respondido él mismo bajo el anonimato de «un caballero de La Habana». Estos textos, excepto *Francisco*, son traducidos y publicados por Madden en *The Life and Poems of a Cuban Slave* (Londres, 1840), que no sólo tuvo gran impacto en Inglaterra, sino también en los medios abolicionistas norteamericanos.³⁹ En 1841 Delmonte colabora con la red de espionaje dirigida por Turnbull, mientras Saco, al otro lado del océano, empieza a escribir una *Historia de la Trata* que más tarde se convertiría en su notable *Historia de la esclavitud*. Es posible que, de alguna forma u otra, Luz y Caballero participara en los planes subversivos de la política abolicionista británica con respecto a Cuba. De otro modo no se explicaría su defensa a Turnbull cuando éste fue expulsado como miembro de la Sociedad Patriótica, paso previo a su expulsión del país.⁴⁰

8) Como suele ocurrir con las alianzas foráneas del discurso de resistencia, el grupo ilustrado cubano se zafa de los lazos que lo unen a los intereses ingleses al constatar que éstos, estratégicamente, no coinciden con los suyos. Al tener conocimiento de que los planes británicos iban demasiado lejos —la guerra entre Inglaterra y España por el asunto de la Trata parecía, inminente—, Delmonte le escribe a su amigo Alexander Everett, funcionario del Departamento de Estado en Washington, e incluso al mismo Daniel Webster, entonces Secretario de Estado, comunicándoles que Inglaterra se propone «to seize Cuba, free the Negroes and establish a black military Republic under British protection».⁴¹ Naturalmente, los temores de Delmonte llegan por vía del Departamento de Estado a Washington Irving, Embajador en Madrid, y al cónsul norteamericano en Cuba.

9) Es esta situación la que parece haber desatado el turbio asunto de la Conspiración de la Escalera. En todo caso, haya existido o no tal conspiración —supuestamente destinada a producir una rebelión general de esclavos—, la bárbara represión ejecutada desde todos los escalones de la figura azucarera tuvo un propósito terrorista más que penal.⁴² No hay duda de que su objetivo fue cortar el flujo del discurso de resistencia en todos sus canales de emisión, incluyendo el literario. Como consecuencia de la represión, Plácido fue fusilado, Manzano encarcelado y torturado, Delmonte desterrado, y Luz y Caballero sancionado a no ejercer su profesión de maestro durante cuatro años. Con respecto al resto del grupo, nada es tan elocuente como el texto de una carta de Villaverde a Delmonte, fechada el 9 de septiembre de 1844:

Tal desaliento y tal pavor se ha difundido entre los pocos que cultivan las letras después de la salida de Ud. y de los sangrientos sucesos de Matanzas, que ni por casualidad se reúnen dos para hablar, ni tratar de literatura. Principiando por Milanés, que ha caído en la imbecilidad más lamentable, y acabando por Suárez (y Romero) que no sale de sus pleitos, todos andan es-

³⁹ Hay una reciente edición de Edward J. Mullen (Hamden, CT: Archon Books, 1981).

⁴⁰ Sobre la secreta participación de Delmonte en los planes de los agentes ingleses, ver Manuel I. Mesa Rodríguez, *Apostillas en torno a una gran vida: Domingo del Monte* (La Habana: Academia de la Historia, 1954).

⁴¹ Thomas, op. cit., p. 207.

⁴² Esta opinión la sostienen numerosos autores que han estudiado el período, desde Ramiro Guerra hasta Franklin W. Knight.

parcidos, mudos y cabizbajos; porque Palma, que es el único que hoy habla, está reducido a artículos de moda, bailes y teatro.⁴³

10) Al seguir únicamente los pasos de estos tres grupos —el independentista de Varela y Heredia, el de la Academia Cubana de Literatura y el de la tertulia de Delmonte— podría pensarse que excluyo del discurso de resistencia a textos literarios escritos en la década de 1830 por Gaspar Betancourt Cisneros, Francisco Poveda, Antonio Bachiller y Morales, Pedro José Morillas, Gertrudis Gómez de Avellaneda y muchos otros autores de importancia.⁴⁴ Nada más lejos de mi intención. En realidad, en el período que observamos casi toda la literatura puede estimarse dentro del discurso de resistencia. Téngase en cuenta que para Tacón todo cubano era un «independiente», y para los traficantes negreros todo escritor era «abolicionista». El mero hecho de robar espacio en un periódico a algún texto manufacturero, financiero o mercantil, basta en esos años para tomar, digamos un poema de Plácido, como una muestra de resistencia.⁴⁵ Ocurre, sin embargo, que sólo una parte de esa literatura se erige con toda conciencia en contrapoder azucarero. De ahí que mi interés, que parte precisamente de una lectura del *Discurso* de Arango en tanto mito, esté dirigido en primer término hacia los grupos contestatarios que hemos visto, cuyos miembros son conscientes de la red de resistencia que van anudando sus textos y, así, suelen ser los que definen cada ciclo del discurso. Piénsese, por ejemplo en el período 1923-1930, dominado por el Grupo Minorista y la revista *Social*, y luego por la *Revista de Avance*, la cual cierra sus páginas con las represiones estudiantiles de la tiranía de Machado; o bien el período 1959-1971, que se abre con *Lunes de Revolución* y se termina con el terrorismo intelectual que rodeó el «caso Padilla».

Para concluir, quisiera llamar la atención sobre el dramático desenlace que necesariamente experimenta en Cuba toda resistencia literaria al flujo de poder de la metáfora azucarera, cualquiera que sea la forma/contenido de ésta. La desconsolada carta de Vi-

⁴³ Centón epistolario de Domingo Delmonte (*La Habana: Anales de la Academia de la Historia*, 1953), VI, p. 101. Para su más fácil lectura, he sustituido las abreviaturas de Villaverde por las palabras completas.

⁴⁴ Por su significación antiesclavista, resultan imprescindibles el relato «El ranchador», de Morillas, escrito —según de la Puente— en 1839 y publicado en *La Piragua* en 1856, y *Sab*, novela de la Avellaneda escrita también en 1839 y publicada en España en 1841. Esta última obra es de gran interés, puesto que enriquece el discurso literario cubano con una doble perspectiva antirracista y feminista. Merece un estudio detallado. Aunque se trata de un texto testimonial, no puedo menos de mencionar el diario de Francisco Estévez, un feroz ranch(e)ador que escribió sus experiencias de cazador de cimarrones entre 1837 y 1842. Cirilo Villaverde copió y corrigió este texto en 1843 (o 1842) con objeto seguramente de publicarlo como prueba antiesclavista. Es probable que la Conspiración de la Escalera y la brutal represión de 1844 lo impidiera. Véase la edición de Roberto Friol, «Diario del rancheador», *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, (enero-abril, 1973), pp. 47-148. Sobre la permanencia y actualidad del tema antiesclavista en las letras cubanas (Ramos, Novas Calvo, Carpentier, Barnet, Leante, entre otros), ver William Luis, «The Antislavery Novel and the Concept of Modernity», *Cuban Studies*, XI 1 (1981), pp. 33-47.

⁴⁵ Hay que tener en cuenta como móvil del fusilamiento de Plácido su popularidad como poeta, a pesar de ser mulato. Publicaba un poema diario en *La Aurora* de Matanzas y, en 1838, aparecieron sus Poesías en un volumen de 250 ps. En 1842 se publicaban sus Poesías escogidas, las cuales se leían al momento de producirse los sucesos de la Escalera. Ver Ambrosio Fornet, «Literatura y mercado en la Cuba colonial (1830-60)», *Casa de las Américas*, 84 (1974), p. 43. Es interesante el careo entre Plácido y Manzano promovido por las autoridades españolas durante el proceso de ambos. A estos propósitos, ver las actas procesales en Roberto Friol, Suite para Juan Francisco Manzano (*La Habana: Editorial Arte y Literatura*, 1977), pp. 188-211.

llaverde que hemos visto, podía haber sido escrita en 1930, 1935, 1953, 1971, sólo para mencionar algunas fechas conocidas. Por las razones que he expuesto, el *plot* que dibujan las estrategias en conflicto, cuyos momentos más sobresalientes he enumerado, se reproduce temáticamente a lo largo de la historia de la literatura cubana. Dada la rarefacción propia de todo discurso en su etapa de formación, es inútil querer precisar una fecha de «origen» de la resistencia literaria en Cuba o en cualquier otro sitio. Resulta inmaterial que situemos este «centro de constitución» en los años de auge de *El Mensajero Semanal*, la *Revista Bimestre Cubana* o *El Album* y *El Plantel*, incluso no veo una razón de peso que impida considerar todos los «autores» que he nombrado como los primeros manipuladores/manipulados del discurso literario de lo Cubano. En última instancia, tal vez lo más prudente sea tomar todo el discurso, desde Varela y Heredia hasta la fecha, como el gran ciclo inconcluso de lo Cubano, ya que todo período o subperíodo describe un movimiento de rotación de carácter recurrente. Resulta obvio entonces que el advenimiento del Nuevo Discurso marcará el fin de esta circularidad impuesta por el ingenio.

Antonio Benítez Rojo